



Oswaldo Baigorria

INDIAA

blatt e rios

INDIADA

OSVALDO BAIGORRIA

Baigorria, Oswaldo
Indiada / Oswaldo Baigorria. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires: Blatt & Ríos, 2018.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-4941-11-4

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2018, Oswaldo Baigorria
© 2018, por esta edición: Blatt & Ríos

1ª edición en Blatt & Ríos: septiembre de 2018
1ª edición digital: septiembre de 2018

Diseño de cubierta: Iñaki Jankowski | www.jij.com.ar

Una versión anterior de "Semen indio" fue publicada en
Zona de cuentos (Interzona, 2015)

Producción de eBook: Libresque

blatt-rios.com.ar
facebook.com/BlattRios

eISBN: 978-987-4941-11-4

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor

ENTRADA EN MATERIA

O introducción, penetración, ingreso en el tema. La indecisión me gobierna. Tengo ante mí tres cuentos inéditos y un bonus track que también puedo llamar cuento. Aunque también podría llamarlos relatos, palabra más abarcadora, prudente y adecuada a mi vacilación para designar textos que no llegan a ser novela ni novelita ni nouvelle ni novelette, sobre todo por su extensión pero también por características que no intentaré definir, dado que en realidad no domino el formato cuento, es un género que no me atrae mucho, en el que he leído poco y escrito menos.

Y sin embargo tengo ante mí estos tres o cuatro cuentos/relatos con toda la intención de reescribir, corregir, eliminar lo que está de más, completar lo que está de menos, desarrollar lo inacabado y, en suma, editarlos o mejor dicho, acabarlos. O acabar con ellos. Siempre está la alternativa de volver a cajonearlos, dejarlos en latencia, borrador y archivo para retomarlos más adelante. Pero esto es exactamente lo que he hecho hasta ahora, desde el primer día, y no ha dado resultado.

Hay otras razones. Una es la fiaca. ¿Necesito explicarla? Otra es el miedo a trabajar de más. Recuerdo con autoenvidia aquellos momentos de ánimo e impulso en los que me senté frente a un cuaderno, luego ante la máquina de escribir y más tarde la computadora para poner una palabra atrás de otra, una oración después, un párrafo más abajo y así seguir adelante, página tras página en cada relato. La pérdida de ese ímpetu inicial es lo que me llevó al callejón sin salida en el cual los abandonaré y dejaré librados a la suerte incierta que impone el paso del tiempo, en forma de

papeles en carpeta y de archivo en la computadora, hasta que algún error involuntario o deseo inconsciente en un dedo los situara al borde del *delete* para siempre.

El azar intervino a mi favor un día. Me propusieron escribir una nota periodística, un reportaje sin permiso de sacar fotos o más bien una crónica sobre un casting para actrices y actores porno en una productora de Vancouver que hacía películas de sexo interracial con afroamericanos, orientales y amerindios. Ese día conocí a una mujer que parecía haber investigado a fondo las representaciones étnicas en la literatura y el cine de sur a norte del continente. Nakasuk/Grasa de Foca (seudónimo para sus películas), de nacimiento inuit (lo que antes llamaban esquimal) y de ciudadanía canadiense, residente en Argentina en sus años de estudiante (cursó sin terminar la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires) tenía una mirada particular sobre las costumbres nativas.

—¿Qué carajo les pasa a los argentinos con el sexo? -dijo apenas entramos en confianza-. Toda esa obsesión con el culo, el dolor, la humillación, el guerrero y la cautiva. ¿Qué, no pueden hablar, pensar el sexo de otro modo?

El realismo de Nakasuk/Grasa de Foca era aplastante. Ella había sufrido en carne y culo propio las dobles y triples penetraciones, el fist-fucking, el gang bang y otras vejaciones requeridas por la industria y podía hablar desde la experiencia. Delgada, de cabello negro larguísimo hasta la cintura, boca y ojos de corte tan oriental como indoamericano, había entrado en casi todas las escenas de sexo concebibles. Decía que en parte le gustaba y en parte se la bancaba, pero lo cierto es que cuando pudo y consiguió los contactos y el capital necesario, se dedicó a filmar sus propias películas, con actores multiétnicos. Nakasuk/Grasa de Foca era más que una pornógrafa, una verdadera pornóloga originaria. Y una atenta lectora.

—El principal problema que tienen ustedes -me decía- es la ausencia de escritoras indígenas, que hablen sus lenguas nativas y conozcan desde dentro sus culturas de ori-

gen. Tampoco hombres, o tan poco hombres. ¿Cómo puede ser que en Argentina no haya autores reconocidos de ascendencia mapuche, qom, wichí u otros pueblos? Si escriben sobre los indios siempre lo hacen desde la perspectiva europea o criolla, gauchesca. Desde afuera. Hasta las más amigables tienen una mirada exterior. Siempre miran desde el lugar del argentino "que se va con los indios". Puede aparecer alguna novela o película entretenida sobre la selva o las pampas pero no surgen escritores y mucho menos escritoras indígenas que sean reconocidas no sólo por sus denuncias de abusos y violencia ni por su producción folklórica sino por sus obras literarias. Todos y todas las que escriben son argentas de pura cepa o que parecen creer que hay pura cepa: gente urbanizada, que perdió contacto con la tierra. Ya sé que la pobreza y la discriminación impidieron a muchos nativos ir a la universidad o incluso tener educación básica. Pero eso no es excusa.

No sabía qué decirle. Me parecía que ponía demasiado énfasis en el origen, el gen, lo que generaba lo original, la descendencia, los hijos: una identidad forzada o forzosa, imaginaria, sobre las personas que crecían en determinada lengua pero quién iba a ponerse a discutir con una actriz porno esquimal de cabello negro larguísimo con ojos y boca de oriental.

Naka también me llamó la atención sobre lo escasa que era la literatura y la narración histórica en torno a la vida sexual originaria. Dejando de lado las representaciones del cautiverio de la mujer blanca, las torturas y violaciones conocidas, poco y nada encontraba en los textos de ficción argentinos que abarcaran la "cuestión indígena" como política sexual. Yo advertía un énfasis demasiado militante en sus críticas, que además presentaban la marca del multiculturalismo, las políticas identitarias y de minorías tan comunes en la Norteamérica de esos tiempos. Encima, Nakasuk metía en la misma bolsa la novela *El entenado*, de Saer, junto a las crónicas de Mansilla, lo cual me parecía caprichoso aunque su razonamiento era que dada la distancia

que teníamos con experiencias relatadas o imaginadas de convivencia con indígenas en siglos anteriores, la ficción y la historia debían necesariamente confundirse en un único relato. Y en este siempre aparecía el cautiverio, la violación, la matanza.

Faltaba construir en la literatura y el cine un mundo aborigen perfecto y completo en su incompletud, decía Nakasuk. ¿Dónde residiría lo incompleto? Una pornóloga de origen esquimal y ciudadanía canadiense que había estudiado Letras en Buenos Aires podía imaginarse y producir una película erótica en la que entrarían en acción ranqueles, wichí, guaraníes, tehuelches o el resto de los originarios. Pero ella misma notaba que siempre parecía faltar algún elemento más espiritual y refinado para embellecer, o al menos dotar de cierta cualidad ética a una estética vulgar y a una industria masiva que manufacturaba la exhibición frontal, a veces bestial y directa de los órganos genitales en combinación con otros órganos, y que llamamos pornográfica por convención.

Para Nakasuk/Grasa de Foca, inclinada a pensar en términos de cómo llevar una ficción a la pantalla, introducir el mundo indígena en esa escenografía representaba el problema y desafío principal. Quizá sufría la tensión clásica entre documento y obra de arte. La pornografía es en parte documental y en parte actuada, y cuanto más se acerca al documento más se aleja de la estética. Debía hacerse el esfuerzo, razonaba Naka, para que el sexo en su sentido más visceral, animal, incluso violento tal como aparece en la pornografía convencional, pudiese ser elevado, completado por el amor que las criaturas sienten entre sí, un amor que incluye a Eros pero también a Agape, un amor que nace en el cuerpo y muere en el alma, un amor que se parece a un arte en la medida en que se hace, en que es producto de una cruce de elementos materiales y espirituales, de destrezas e imprevistos, de habilidades, suerte y destino. Ese amor, que es un arte, sería el único que podría llegar a su forma completa, es decir, a completarse en el momento

de su realización, que es cuando se hace el amor y no sólo cuando una dice que lo hace. De tal manera, conjeturaba, podría reunirse de nuevo el sexo y el afecto, con otro modelo sobre el que apoyar la mirada, uno que tendría efectos benéficos sobre las culturas -como la argentina, entre otras latinoamericanas- patriarcales ya degradadas, sádicas, sexualizadas agresivamente y siempre al borde del crimen.

El carácter didáctico de los pensamientos y también divagaciones de Nakasuk cada tanto me tomaba por sorpresa, pero quizá esto se debía a mi prejuicio por considerar que una actriz porno no tendría vocación de educadora. No podía dejar de verla como alguien que se acostó en público con miles de hombres y mujeres en su corto tiempo de vida, incluso cuando se ponía filosófica. Era la carne que triunfaba sobre la razón. Podía entender su militancia, incluso su ilusión de que por prepotencia de la voluntad podría cambiarse la percepción que una cultura tiene de los pueblos ancestrales a través de la reescritura de la historia y de los mitos de esos pueblos. Pero que todo eso pudiera hacerse desde la pornografía me resultaba inadmisibile.

Supongo que si Nakasuk/Grasa de Foca hubiera continuado con vida hubiese puesto por escrito sus investigaciones y reflexiones, esas que en algún momento supo acariciar como proyecto para la vejez a la manera de memorias. Pero nunca llegó a la vejez. En este punto me pregunto si debo relatar cómo salió de esta vida por causa de una enfermedad fulminante -no fue aquello que se piensa- y lo descarto, porque los finales tristes son algo que, si puedo, mejor evito. Ahí ya no hay inseguridad sino certeza. Me guardo su imagen de niña-mujer que despertó en mí la intriga por los modos en que aparece y desaparece el mundo indígena en la literatura y la historia argentina. Y reconocerla como aquella que inspiró, a través de sus conversaciones, las escenas, historias y razonamientos que hoy me permiten reescribir estos relatos basados, en algún caso, en la narración histórica, otros en la mitología, otros en la expe-

riencia personal y unas pocas veces en mi propia y escasa imaginación. Espero que les gusten.

MONTAR EN PELO

I

Sentir el calor de la piel gruesa del animal en la entrepierna, respirar el dulce olor de la bosta, ver el modo en que las orejas se mueven, atentas cuando se les habla con palabras suaves, cuando se acaricia el largo cuello, cuando se sostiene la rienda para evitar el galope que lastima el escroto al montar en pelo. Más de una/o habrá perdido la virginidad en esos trotes.

Recuerdo que en Ituzaingó, provincia de Buenos Aires, unos tíos con tres hijos que vendrían a ser mis primos tenían un petiso al que montábamos por turnos. Me enseñaron a subir por el flanco izquierdo, a revolear la pierna derecha y pegar un envión para sentarme sobre el lomo. Pero lo difícil es dar ese salto cuando no hay estribo donde apoyar el pie. "Agarrate fuerte de las crines del petiso antes de saltar" decía mi papá, que a mis ojos de diez años parecía un experto. Mi papá me llevaba a visitar a su familia cada tanto. Algún fin de semana que tenía libre, en especial cuando andaba peleado o separado de mi mamá, íbamos a esa localidad del oeste bonaerense que en la década del cincuenta era puro campo más allá de la estación. Puro campo, espacio abierto, pasto, cardos, casas pobres de material o de material pobre, no sé, pero dormíamos todos en una sola habitación si mal no recuerdo aunque sí recuerdo que en esos años una familia pobre podía ser rica en es-

pacio y tiempo para andar a caballo petiso o gigante para los ojos de un niño.

Hoy puedo evocar esa primera relación entre petiso y chico, animal y niño para volver sobre una historia que tenía cajoneada en un viejo archivo de la computadora. Trata del cacicazgo de dos gemelos de sexo opuesto y distinto padre en la comunidad pampeana de Tren-El a mediados del siglo XIX donde se proyectó construir la capital de la Confederación de Comunidades Económicas y Estados Pampeano-Patagónicos (CCEEPP). Muchas mayúsculas pero hay que entender que, en aquella época, ese lugar sería central para el encuentro de porteños, bonaerenses, argentinos, ranqueles, tehuelches, huiliches y mapuches en torno a la orgía celebratoria del cincuenta aniversario de la Revolución de Mayo.

¿Por qué orgía y por qué revolución? Será el destino: la comunidad estaba situada en el vértice donde confluían los territorios dominados desde Buenos Aires, Paraná, Leuvucó y Salinas Grandes, de modo que por esa y otras razones sería la anfitriona ideal de un evento que reuniera a las naciones más poderosas de la época: la Confederación Argentina con sede en Paraná, el Estado separatista de Buenos Aires y la Confederación mapuche de Salinas Grandes, cuyas fronteras llegaban hasta Chile. Pero, como decía Murphy, si algo podía salir mal, saldría mal.

II

En la primera versión de esta historia, el contexto era re-puesto por un profesor ítalo-argentino radicado en Vancouver que, en los años ochenta del siglo XX, conferenciaba o charlataneaba sobre relaciones inter-pampeanas del siglo anterior. "En 1860, la Argentina se encontraba ante la oportunidad más excepcional de su historia" decía, solemne, el

profesor Osvaldo Fangulo. "Muchas veces se ha especulado con las razones del atraso argentino. Algunos dirán que se debe a la serie de golpes militares iniciada en 1930. Otros, que se originó en las formas de acumulación de tierra y capital de 1870-80, a las guerras civiles, al caudillismo, a la dicotomía civilización-barbarie o a las grietas entre ciudad y campo e incluso a la influencia jacobina en la Revolución de Mayo. Más allá de esas discusiones, lo evidente es que hubo un momento en el que pudo corregirse definitivamente el rumbo de un país que nació soñando con la grandeza y un día se despertó en la insignificancia".

Silencio en la sala, el músculo duerme, la ambición descansa.

"¿Cuándo, cómo y por qué empezó el proceso de errores que llevó la Argentina a la ruina?" continuaba el enfático profesor Fangulo. "Hoy podemos afirmar, gracias a la documentación que aquí presento, que la historia de ese país hubiera sido otra si hubiese triunfado el proyecto de confederación de naciones impulsado desde Tren-El, también llamado Tren-Ella, por una familia cacical indígena".

La documentación que presentaba Fangulo era un diario inédito escrito alrededor de 1859-60 por una profesora del Friuli llamada Carla Figa que había conocido en persona al cacique Ñancul, al que para beneficio de la audiencia de habla inglesa el historiador delectreaba, sobre la pantalla que tenía a su lado, como Nyan-Cool, lo cual daba la impresión de ser un nombre de vietnamita cool.

"Les recuerdo", decía el profesor Fangulo, "que el vacío dejado por el derrocamiento de un régimen populista siempre ha sido campo propicio para disputas. Después de la batalla de Caseros se instaló un poder que rivalizó con Buenos Aires desde Paraná y que fue apoyado por las trece provincias argentinas, los Trece Ranchos, según los porteños que, con su arrogancia habitual, rechazaron esa hegemonía provinciana de entrada. Y el separatismo de Buenos Aires se profundizó a partir del día en que nació el llamado Partido de la Libertad: los porteños se veían a sí mismos

como modelos de civilización en suelo americano y querían lanzarse a la conquista de los territorios vecinos. De manera que entre 1859 y 61 la ciudad tuvo dos conflictos con la Confederación Argentina. Dos batallas. Primero, Cepeda. Después, Pavón. En la primera, la ciudad fue derrotada y en la segunda resultó victoriosa. La ironía es que en ambas participaron fuerzas indígenas que decidieron las victorias, una en contra y otra a favor, de los porteños. Ese período de transición favoreció el vacío de poder en las fronteras. El país era virgen, nadie se lo había cogido ni tomado en serio. Y había muchos conflictos por la tenencia de tierra. Los fortines bonaerenses, debilitados por el desgaste de las luchas civiles, no podían impedir que fuerzas ranqueles y salineras incursionaran cada vez más cerca de Buenos Aires. Las relaciones de intercambio comercial y político entre indios y cristianos aumentaron. Hubo más intercambio de cautivas o cautivos entre los distintos bandos, acuerdos de entregas periódicas de ganado y una circulación de refugiados, prófugos, libertos y colonos desde y hacia las tolderías como nunca antes se había visto. En ese contexto, la tribu de Tren-El provocó una reconfiguración del espacio político. Esta tribu, que se calculaba en unos quinientos indios de pelea y unas setecientas indias también de pelea en su época de mayor esplendor, se había formado, como tantas otras en las pampas, por mestizajes, cruza indígenas, europeas, negras y mulatas. Había mucha endogamia. Por ello también se explica la existencia de esos dos gemelos de distinto padre: él se llamó Ñancul, que quiere decir algo parecido a Águila, y ella Mamul Nurú, que puede traducirse como Monte Celeste o Bosque Celestial.

“Mamul Nurú tuvo la suerte de ser enviada a estudiar a un colegio porteño como parte de una costumbre habitual para hijos de caciques y otros cuadros indígenas, que de esa manera aprendían los saberes de los blancos. Aunque el regreso a las tierras de origen no era tan fácil. Por la distancia, los bandidos, las guerras, esos pupilos a veces quedaban como cautivos de facto en los hogares urbanos. El

retorno de Mamul Nurú sólo fue posible por la complicidad de su tutora en artes y lenguas, la profesora italiana Carla Figa. Con el pretexto de que la *principessa indiana* debía ver a su padre enfermo y a punto de morir en las tolderías, algo que después se demostró que era mentira, Carla hizo los preparativos para el largo viaje en el que ambas serían escoltadas por una comitiva de sirvientes y soldados. Y se fugaron de su campamento en los alrededores de Junín una noche de verano del 57 mientras toda la escolta dormía la mona gracias a un aguardiente suministrado a tiempo y en cantidad suficiente.

“Vestidas con ropas de gauchos para pasar desapercibidas, las dos mujeres montaron en pelo sus caballos para galopar hasta Tren-El, una proeza sólo comprensible desde el amor”. Fangulo aquí se volvía sentimental, se emocionaba: “Sí, sí, efectivamente, Mamul Nurú y Carla Figa eran pareja. Poco sabemos del pasado de la *profesoressa* antes de aquella fuga novelesca. Sólo se sabe que era una intelectual del Friuli que venía huyendo de Europa de un amor desgraciado y que terminó trabajando para una familia porteña que la tomó de tutora *dei bambini* de la casa, entre ellos, la indiecita Mamul. Ahí fue cuando brotó *l’amore tra le due*. Un amor que se consolidó en el campo mientras huían al galope tierra adentro”.

III

Al galope y en pelo, un palo del hueso equino en el perineo, dolor del suelo pélvico y goce del roce con el lomo, los flancos y el pescuezo de dos pieles, animal y humana. Hay muchas historias sobre huidas en pareja hacia los indios pero que yo sepa ninguna se escribió desde adentro de esa tierra adentro tan adentro como la del diario de Carla Figa.